



## La cartera

Octave Mirbeau

Un anochecer, después de una infructuosa jornada, Juan Andrajos decidió volver a su casa... ¡ su casa !... Daba tal nombre a un banco que había escogido en la plaza de Anvers, y sobre el cual dormía hacía más de un mes, teniendo por bóveda el cielo tachonado de brillantes estrellas y por dosel las frondosas ramas de un árbol gigantesco... En el momento que empezamos este relato, encontrábase en el Boulevard Vaudeville, donde la concurrencia es cada tarde muy numerosa ; su poca agilidad en moverse y la desgracia que lo perseguía, le habían valido una suerte irrisoria... dos sueldos... y todavía dos sueldos extranjeros que no tenían circulación... — ¡ Dar dos sueldos malos a un harapiento como yo !... ¡ Un millonario !... ¡ Si eso es tener piedad !...

Parecía que aún veía al caballero aquel... un bello señor, bien ataviado... corbata blanca... pechera deslumbrante... bastón con puño de oro... Y Juan Andrajos levantaba los hombros sin envidia ni odio.

Lo que más le disgustaba era tener que tomar el camino de la plaza de Anvers... Estaba muy lejos y ¡ se sentía tan cansado !... pero tenía « su casa » en un banco de allí.

Después de todo, no se dormía mal y tenía la seguridad de no ser molestado... porque los agentes habían concluído por apiadarse de él y lo dejaban dormir...

— ¡ Diantre !... — dijo — he ahí una mala jornada... desde hace tres semanas no la había tenido igual... Tienen razón los que dicen que este comercio no va bien... y que la culpa es de los ingleses... ¡ Consagrados ingleses !

Se puso en marcha sin perder la esperanza de encontrar en su camino a algún caballero, o a un borracho generoso que le diera dos sueldos... dos verdaderos sueldos con los cuales podría comprar pan a la mañana siguiente.

— ¡ Dos sueldos !... dos verdaderos sueldos... eso no es pedir un Perú... — se decía marchando lentamente... porque, además de estar cansado, tenía una hernía que le hacía sufrir más que de costumbre.

Hacía como unos quince minutos que andaba desesperanzado ya de encontrar el caballero providencial, cuando percibió, bajo sus pies, alguna cosa blanda... De momento pensó que podía ser una inmundicia... Luego que podía ser una cosa buena

para comer... ¿ Es tan taro encontrar algo ? La casualidad no estima mucho a los pobres, y les reserva muy pocas veces sorpresas afortunadas... No obstante, recordaba que una noche, en la calle Blanca, había encontrado una pierna de carnero, muy fresca, una magnífica y enorme pierna, caída sin duda del carruaje del matarife... Pero lo que tenía ahora bajo sus pies no era con seguridad una pierna... debía ser una chuleta...

— ¡ Voto a ! — se dijo — ¡ es necesario ver qué es eso !

Y se agachó para recoger el objeto que tenía bajo sus pies...

— ¡ Eh ! añadió después de tocarlo — este no es de las cosas que se comen...

La calle estaba desierta... Ningún guardia hacía su ronda... Se aproximó a un mechero de gas para darse cuenta de lo que tenía en la mano...

— ¡ Pues bien !... a lo que parece... ¡ esto es más fuerte !... — murmuró en voz alta.

Era una cartera de tafilete negra, con cantos de oro... Juan Andrajos la abrió examinando el interior... En uno de los compartimentos encontró un fajo de billetes... diez billetes de mil francos prendidos con un alfiler...

— ¡ Esto, a lo que parece !... — repetía.

Y, meneando la cabeza, añadió :

— ¡ Cuando yo pienso que hay personas que tienen carteras como esta en los bolsillos... y en la cartera diez mil francos !... ¡ Si esto es tener piedad !

Registró los otros compartimentos... No había nada... Ni una tarjeta... ni una fotografía... ni un papel... ni un indicio por donde se pudiera conocer al propietario de aquella fortuna... que él tenía en la mano.

Y cerrando la cartera, se dijo :

— ¡ Pues bien, gracias !... Es preciso que lo lleve al jefe de la policía... Esto me aleja de mi camino, y ya estoy muy cansado... En verdad que no soy afortunado esta noche.

La calle estaba por completo desierta... Ningún transeunte pasaba... Ningún guardia hacía su ronda... — ¡ Juan Andrajos retrocedió para dirigirse a la delegación más próxima.

Le costó bastante trabajo llegar hasta el señor delegado... Su vestimenta andrajosa, la piel descarnada y cenicienta de su cara, hizo que se lo tomara por un malhechor. Poco faltó para que se echaran sobre él... y lo llevaron atado al cuerpo de guardia... A fuerza de dulzura y de tranquila insistencia, obtuvo por fin el favor de ser introducido en el despacho del señor delegado de policía.

— Señor delegado — dijo Juan Andrajos saludando — vengo a traerle una cosa que he encontrado, hace pocos momentos, debajo de mis pies, su la calle...

— ¿ Y qué es ello, qué es ello ?

— Es esto, señor delegado... — contestó el pobrete, teniendo cogida por un extremo con sus óseos dedos la cartera.

— ¡ Bien... bien !... Y, naturalmente... ¿ no hay nada en esa cartera ?

— Vealo usted, señor delegado...

Al abrir éste la cartera salió el fajo de billetes... los contó... y con los ojos agrandados por la sorpresa exclamó :

— Diga usted que... diga usted que... ¡ Hay aquí diez mil francos !... Pero, ¡ pardiez !... esta es una cantidad enorme... una cantidad... enorme !... ¡ por vida de !...

Juan Andrajos, con mucha calma, dijo...

— ¡ Cuando pienso que hay personas que tienen diez mil francos en los bolsillos... ¡ vamos, no hay piedad !

El delegado no cesó de observar al vagabundo con una expresión especial en los ojos, en la que había más asombro que admiración.

— ¿ Y es usted quien he encontrado esto ?... Pero, diantre... usted es un hombre honrado... un hombre digno... ¡ Usted es un héroe !... Hay que dextrarlo... sí, señor... usted es un héroe.

— ¡ Oh, señor delegado.

— Un héroe... porque usted habría podido... En fin, mi digno amigo, usted ha sido un héroe... Con esto ha efectuado un acto espléndido... un acto heroico... Non encuentro otra palabra... ¿ Como se llama usted ?

— Juan Andrajos..., señor delegado.

El delegado levantó los dos brazos al techo ahumado de su despacho, como testigo de tal acción, diciendo :

— ¡ Y se llama Juan Andrajos !... ¡ Esto es admirable !... ¿ La profesión de usted ?

— ¡ Pobre de mí ! — contestó el mendigo — ¡ No tengo ninguna profesión !

— ¿ Vive usted de sus rentas ?

— De la caridad pública, señor delegado... si puedo decir que vivo de ella.

— ¡ Sí, sí :... ¡ Ah, diablo !

Aquí el delegado hizo una mueca y, con voz menos entusiasta, dijo :

— ¡ Es usted un mendigo !

— ¡ Señor delegado !...

— ¡ Sí, sí !...

El delegado se había puesto grave... Después de un breve silencio interrogó de nuevo :

— ¿ El domicilio de usted ?

Juan Andrajos contestó con tristeza :

— ¿ Cómo quiere usted que tenga un domicilio ?

— ¿ Usted no tiene domicilio ?

— ¡ Ahi de mí ! no...

— Pero usted està obligado a tener un domicilio... ¡ obligado por la ley !

— Y por la miseria... estoy obligado a no tenerlo... No tengo trabajo... ni ningún recurso. Y cuando tiendo la mano... se me dan dos sueldos extranjeros... Para colmo... soy viejo y estoy enfermo... Tengo una hernia...

— ¡ Una hernia !... ¡ Una hernia ! ¿ Usted tiene una hernia ? Pero no tiene domicilio... usted es un vagabundo... Usted comete el delito de vagabundaje... Un héroe... esto es evidente... ¡ Usted es un héroe !... sí... pero es también un vagabundo... No hay leyes para los héroes... en cambio las hay contra los vagabundos... Y yo me veo obligado a aplicar la ley, yo... Eso me apena, me disgusta, porque... lo que usted ha hecho... está muy bien... pero... ¿ que quiere usted ?... ¡ la ley es la ley !

Mientras así hablaba, hacía saltar con la mano la cartera. Continuó :

— ¡ Ah ! tiene usted esa cartera !... ¡ Conformes !... Es su lugar y, en la situación de usted, no habría habido muchos que procedieran de tal modo... ¡ Convengo en ello !...

La acción de usted es muy meritoria... es digna de una recompensa... que yo no juzgo inferior a cien sueldos... Usted comprenderá indudablemente que quién tiene que dársela

— si nosotros la encontramos un día — es la persona que ha perdido esta cartera y con ella los diez mil francos que contiene !... Pero esto no implica el que usted no tenga un domicilio... y todo consiste en esto, Juan Andrajos. Compréndame usted bien... No existe, dentro del Código, ni fuera de él, un artículo de la ley que le obligue a usted a encontrar por la calle carteras llenas de billetes de banco... Y por el contrario, hay uno que le obliga a tener un domicilio... ¡ Ah, habría sido mucho mejor para usted encontrar un domicilio que una cartera !...

— ¿ Y en este caso ?... — interrogó Juan Andrajos.

— En este caso — contestó el delegado — lo que hay que hacer es : Esta noche dormirá usted en el cuerpo de guardia... y mañana le enviaré al depósito...

Tocó el timbre... Dos guardias se presentaron... El delegado hizo una señal... Y mientras aquellos conducían a Juan Andrajos al cuerpo de guardia, éste decía quejumbroso :  
— ¡ Vaya ! ¡ Vaya !... — La verdad es que los diez mil francos habría podido encontrar un domicilio !...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

